

Así, pues, si á pesar de los esfuerzos satánicos que se han hecho por espacio de más de un siglo para *descatolizar* á la Francia, la Francia es todavía católica, y la primera de las naciones católicas; si, á pesar de todo lo que el genio del mal ha hecho en el último siglo para destruir el Catolicismo en Francia, el Catolicismo no ha perecido en ella, sino que ha salido más puro de sus pruebas, más fuerte de sus persecuciones y más glorioso de sus derrotas; si, á pesar de las tentativas, más terribles aún, que el genio del mal ha renovado en nuestro siglo para derribar en ese país por medio de la ciencia el Catolicismo, que no había podido aniquilar por medio de la guillotina ó de la espada, el Catolicismo permanece aún radiante de una luz más resplandeciente, no sólo en el suelo francés, sino también por todo el mundo, donde es llevado en medio de naciones bárbaras por el celo de los hijos de Francia, esto se debe principalmente á las mujeres; y nada es más cierto que estas palabras, que un hombre tan célebre por su talento como por el abuso deplorable que hizo de él, nos decía en Roma, veintidos años há: «Las mujeres son lo mejor que tiene Francia. Las mujeres han sido las que han conservado el Catolicismo en Francia.»

§ LXXI.—Celo de la mujer católica de nuestros días por la propagación del Catolicismo.—La obra de la *propagación de la fe*, imaginada por ella, es sostenida y propagada por ella misma.—Cuadro patético del apostolado de las mujeres que siguen á los misioneros en todas las partes del mundo.—Nueva gloria de la Francia.—Apostolado de la mujer católica en el interior.—Santas hijas, apóstoles de sus parroquias, sin ser religiosas.—Magnífica pintura de la caridad parisiense, por M. Cormenin.—La mujer es el alma y el sosten de todas las obras de religión y de caridad en Francia.—Conclusion de la segunda parte de esta obra.

El celo de la mujer católica por propagar el Catolicismo no ha sido ménos ardiente, ménos activo, ménos ingenioso ni ménos liberal que su celo por conservarlo.

En el capítulo ix de San Mateo dice Jesucristo: «La mies es abundante, pero los operarios son pocos. Pedid, pues, al Señor de la mies que envíe operarios á ella.» En otro lugar dice el mismo Salvador: «Proporcionaos amigos con el dinero de la iniquidad, á fin de que á vuestra muerte os reciban en los tabernáculos eternos.»

(Luc., xvi.) Sobre estos dos pasajes del Evangelio se fundó la *Obra admirable de la propagación de la fe*, que no es otra cosa que una asociación piadosa de oraciones y de limosnas, con el objeto de multiplicar el número de los nuevos apóstoles de la fe y ayudarles. Con la oración se hace descender de lo alto la gracia que forma esos apóstoles, y con la limosna se les proporcionan los medios materiales de su apostolado. Sola una corta oración cada día, y una pequeña limosna de algunos cuartos al mes, es lo que se pide á los asociados, á fin de que todos puedan tomar parte en ella, por débil que sea su piedad y por corta que sea su fortuna. Pero habiendo tomado la obra en pocos años proporciones inmensas, la suma de las oraciones que en ella se hacen y de las limosnas que en ella se reúnen es inmensa también; y por causa de estas oraciones que en todos los instantes y en todos los puntos de la tierra se elevan al cielo pidiéndole *operarios para la siega de las almas, que está preparada en todo el mundo*, y por causa de estas limosnas que circulan y penetran por todas partes, nuestros misioneros, los verdaderos conquistadores de la fe sobre la superstición, y de la civilización sobre la barbarie, se multiplican y reciben todo cuanto necesitan para no tener que recurrir á los mismos por quienes se sacrifican, para conservar su independencia en medio de aquellos á quienes evangelizan, y para improvisar cristiandades, pobres de todos los recursos humanos, pero ricas de méritos y de virtudes, y sostenerlas. ¡Grande y sublime institución, por la que la humilde oración del niño y de la doncella se convierten en semilla de predicación; la limosna modesta del trabajador, del soldado y del pobre se convierten en un medio de redención, y el mérito del apostolado se hace accesible á todo el mundo! Pues bien, esta institución se ha formado en nuestros días en Francia, el país de la adhesión generosa á los intereses de la Iglesia y al bien de la humanidad, y ha sido un pensamiento, ó más bien un impulso del corazón de la mujer católica. «La asociación de la propagación de la fe cristiana por toda la tierra, dice Mr. Rohrbacher, comenzó hácia el año de 1822 por unas humildes y piadosas trabajadoras de Lyon, la ciudad de San Ireneo y de Santa Blandina; y desde allí, bendecida por la cabeza de la Iglesia, extendió sus ramas por todas las naciones católicas y sus frutos de salvación por todas las naciones infieles. En los primeros siglos hemos visto á la nación de los héroes convertida por una pia-

dosa cautiva, cuyo nombre se ignora. En estos últimos siglos, millones de paganos y de salvajes deben á ciertas obreras desconocidas la civilización cristiana en este mundo y la felicidad eterna en el otro.» (Tomo XXVIII, pág. 292.)

Esta grande y piadosa institución de las mujeres subsiste y se propaga por el celo y la industria de las mujeres; estas *demandaderas de la fe*, como lo son también de la caridad, son las que ejercen con los hombres *el compelle intrare* del Evangelio en esta asociación apostólica, y hacen que se aumente de día en día el número de sus suscritores. Por ellas las actas de los *Anales de la propagación de la fe*, esa historia contemporánea del apostolado católico, penetran en todas las casas, y con sus admirables y tiernos relatos despiertan el espíritu de fe y obtienen abundantes limosnas en favor de la obra, aún de personas mundanas ó indiferentes. La mujer católica irlandesa, tan pobre, pero tan noble y tan generosa, á pesar de su profunda miseria, saca de sus pobres recursos el dinero para la propagación de la fe, de quien ella ha sido y es todavía apóstol y mártir, é inspira á sus hijos el mismo celo y la misma devoción. En efecto, en las cuentas de la obra, que se publican anualmente, los regimientos irlandeses al servicio de la Inglaterra protestante en las Indias figuran entre los contribuyentes por muchos millares de francos. ¡ Ah! Esos mártires vivientes de la fe católica no se contentan con predicarla por todo el mundo con el ejemplo de su constancia, sino que quieren participar de la ventura de contribuir á su propagación con las economías heroicas que hacen en sus pobres raciones de soldados. Lo mismo sucede á los obreros irlandeses á quienes la crueldad de los opresores de Irlanda obliga á expatriarse para buscar con qué vivir en una tierra extranjera, y á quienes, como hemos notado antes, convierte Dios en misioneros de la verdadera fe en el Nuevo Mundo. Estos son los sentimientos que ellos mamaron con la leche. Franceses, envaneceos de esta bella institución, esencialmente católica, y por lo mismo esencialmente civilizadora, que ha nacido entre vosotros; envaneceos de este reflejo poderoso de vuestra devoción por todo el mundo; envaneceos de las conquistas, tanto más preciosas cuanto más pacíficas, que por estos medios hacéis diariamente en beneficio de la civilización y de la Iglesia. Pero no olvidéis que este nuevo florón de la corona de gloria que ciñe la frente de Francia ha sido añadido

por la mano de las mujeres. Pero la mujer católica de nuestros días no se contenta con asociarse de una manera indirecta á la grande obra de la *Propagación de la fe*, procurando reunir los medios de multiplicar y de mantener las misiones; ella hace más: ella toma una parte directa, asociándose personalmente á los misioneros y participando de los trabajos, de las privaciones, de los peligros y de las penas de su apostolado.

Se sabe que San Gregorio Niceno, al tiempo de morir, preguntó á los que le rodeaban: «¿Cuántos paganos hay todavía en esta diócesis?» Y que habiéndole respondido que «diez y siete», el santo Obispo, elevando sus ojos y sus manos al cielo, exclamó: «¡Sea Dios bendito! Cuando yo vine á ella no había en ella más que diez y siete cristianos.» Pues bien, muchos obispos apóstoles de nuestros días pueden decir lo mismo de las iglesias á las que el Sumo Pontífice los envía como misioneros para formarlas y como pastores para gobernarlas. Ellos sólo encuentran á su llegada un número muy pequeño de cristianos, y cuando mueren, después de algunos años, dejan en ellas cristiandades florecientes. Este prodigio se ha hecho tan conocido y tan común, que apenas se fija en él la atención. Pero lo que no es tan conocido de todos es que las mujeres tienen mucha parte en estos felices resultados. Ved aquí los medios de que se valen para atraer á los salvajes al Cristianismo. Cada sacerdote misionero, además de sus intérpretes y sus catequistas, necesita llevar consigo algunas de esas sublimes vírgenes de las congregaciones religiosas de Francia ó de Irlanda, acostumbradas á las grandes empresas del cielo y á las obras heroicas de la caridad. Cuando llegan á una tribu salvaje, las envían á ellas delante; esto consiste en que esos pueblos, á pesar de que en su mayor parte son antropófagos, y están dispuestos á devorar á los hombres que caen en sus manos ó á hacerlos esclavos, perdonan á la mujer desarmada que voluntariamente se reúne á ellos. Esto consiste principalmente en que la virgen cristiana, realizando las gracias de su frágil y delicada naturaleza con la modestia de sus miradas, con la serenidad de su aspecto, con la majestad de su continente y con los encantos de su pudor, tiene algo de celestial y de divino, que reclama el respeto é impone aún á la barbarie misma. Así es que los *Anales de la propagación de la fe*, que nos presentan muchos casos de misioneros devorados por los salvajes antes de haberles podido

proporcionar el pan de la palabra de Dios, no nos ofrecen ningún caso de mujeres misioneras que hayan sufrido la misma suerte. Estas admirables hijas, dirigiéndose principalmente á las mujeres de la tribu, las atraen á sí con pequeños regalos, las enseñan á introducir el orden en sus chozas, á criar sus hijos, á hacer media y á coser; ellas las asisten en sus necesidades y las cuidan en sus enfermedades con la ternura de hermanas y el amor de madres, y haciéndose dueñas por este medio de sus corazones, acaban por apoderarse también de sus entendimientos y por hacerles conocer y amar la religión cristiana. Conquistadas las mujeres, ellas conquistan á sus maridos, á sus hermanos y á sus hijos, y les inspiran el deseo de oír al *hombre negro* (el misionero) hablarles del *grande Espíritu* (de Dios). Cuando llega el sacerdote, es recibido con alegría, tratado con respeto y escuchado con docilidad. Él evangeliza á esos monstruos, á quienes el ascendiente de la mujer ha convertido en hombres y los hace cristianos. Así, pues, por el apóstol, por el hombre hace Dios segar ese trigo evangélico, y lo introduce en el granero de la Iglesia; pero por medio de la mujer lo hace sembrar y llegar á su estado de madurez.

Por otra parte, la mayor miseria de esas iglesias es la escasez de sacerdotes. Nosotros vimos en Roma, quince años há, á un joven sacerdote misionero de los Estados-Unidos, llamado M. Hod, que nos dejó escritas por sus manos, en el reverso de un pequeño retrato, estas afectuosas palabras: «Hacedme la caridad de orar y de hacer que oren, particularmente todos los juéves, por la pobre misión de Nashville. — *S. Hod*, misionero.» Como él se titulaba también «el vicario general de Nashville», le preguntamos cuántos sacerdotes había en sus diócesis, y si había en ella seminario. Á lo que él nos respondió: «¡Ay! El señor obispo y yo componemos todo el clero de esa inmensa comarca; en cuanto á seminario, no tenemos más que un *pequeño seminario*, y las religiosas son las que tienen la dirección de él. En él hemos reunido el número de niños pobres que hemos podido, y las religiosas son las que los cuidan y los asisten como si fuesen sus propios hijos. Ellas también les enseñan el catecismo, les enseñan á leer y á escribir, y con sus instrucciones y sus ejemplos les inspiran el gusto de los libros santos y de los libros de piedad, les inspiran ese espíritu de abnegación y de sacrificio que forma el verdadero sacerdote de esas comarcas, y

los inician en las obras del celo y de la caridad. Como esos niños no son educados para el mundo, sino para el santuario; como están destinados á ser un día sacerdotes y apóstoles de su patria, las santas religiosas los miran como unos seres sagrados, tienen para con ellos cierta cosa superior á la ternura maternal, tienen para con ellos una especie de culto religioso, y nada es capaz de dar una idea del cuidado que ellas tienen con la salud de sus cuerpos y con la inocencia de sus almas; de la paciencia con que les sirven, de la asiduidad con que los instruyen, de la satisfacción que experimentan en formar su educación, y lo que es más aún, de los maravillosos resultados que ellas obtienen. ¡Oh, si ellas supiesen siquiera el latín eclesiástico! Porque el latín pagano de nada les serviría (ni á nosotros tampoco). Á falta de maestros, que son difíciles de encontrar allí, aquellas santas mujeres podrían enseñar á nuestros jóvenes alumnos la lengua y la literatura de la Iglesia, que es cuanto necesitamos; en cuanto á la literatura latina, es también indudable que ellas lo conseguirían lo mismo ó tal vez mejor que otros, y que por este medio la educación eclesiástica de los jóvenes levitas se facilitaría mucho.» *¡Fiat, fiat!* le respondimos nosotros. En efecto, á excepción de las funciones que Dios ha confiado exclusivamente al hombre, la mujer católica, lo repetimos, es á propósito para todo, lo mismo en el orden religioso que en el orden político.

Este apostolado de la mujer católica adquiere diariamente mayores proporciones. No se pasa una semana sin que los periódicos nos anuncien nuevas expediciones de misioneros de la verdadera Iglesia para todos los países bárbaros del globo; pero, según los mismos anuncios, en estas santas expediciones de la fe las mujeres son muchas veces más numerosas que los hombres; esas son las admirables hijas de todas las comunidades religiosas de mujeres, para cuyo celo la Francia no es un teatro bastante capaz, y por lo mismo buscan uno más extenso en todas las partes del mundo. ¡Cuán bello es ver millares de esas heroicas jóvenes, naturalmente tímidas y delicadas, abandonar sus padres y su patria; arrostrar todas las incomodidades y los peligros de navegaciones largas y borrascosas, y viajes interminables á través de los desiertos; ir á establecerse en medio de pueblos más bárbaros que los lugares en que habitan y más crueles que las bestias feroces, que forman toda su sociedad; habitar en chozas en las que con frecuencia se encuen-

tran acompañadas de serpientes; sufrir con gozo toda especie de privaciones, excepto la de la comunión eucarística, y consagrarse, con un olvido completo de sí mismas, al cuidado de los enfermos, á la instruccion de los niños, á la cultura de los salvajes, á la asistencia de los sacerdotes, al servicio de la Iglesia, á todas las necesidades y á todos los trabajos de la casa, y teniéndose por felices si, despues de haber consagrado toda su existencia á la religion, pueden sacrificar tambien á ella su propia vida! Id al Oriente, visitad el Occidente, recorred los inmensos continentes y las numerosas islas perdidas en la inmensidad del Océano; al lado del misionero de la Iglesia encontraréis siempre á la hija de la caridad, ó á la hermana de Nevers, ó á la hermana de San José, ó á la religiosa del Sagrado Corazon, que participa de sus peligros y de sus fatigas, y que, siendo un ángel por la pureza, un apóstol por el celo y un mártir por la abnegacion, siendo admirada hasta el entusiasmo y venerada hasta la adoracion, como una cosa divina, por los turcos, por los judíos, por los idólatras y por los salvajes, es al mismo tiempo el sosten y la gloria de las misiones católicas. ¡Ah! La humanidad no puede ver una cosa más bella, la ciencia no puede imaginar una cosa más elevada, la virtud no puede producir una cosa más heroica y al mismo tiempo más tierna, más amable, más admirable ni más perfecta. ¡Honor, pues, á esas nuevas evangelistas de la caridad celestial y de todas las virtudes y de todas las gracias del Cristianismo! ¡Honor á esos nuevos apóstoles de las almas y de la civilizacion de los pueblos! ¡Honor á esos monumentos vivientes de la verdadera gloria de la Francia, que los ve surgir de su seno; de la Iglesia, que los envia; de la religion, que los ama, y de Dios, que los forma y los fortifica en la tierra aún antes de recomendarlos en el cielo!

Ahora deberíamos demostrar que el apostolado de la mujer católica de nuestros dias, en su propio país, no es ménos activo, ménos eficaz ni ménos precioso que el apostolado de la mujer católica en los países extranjeros. Pero, en primer lugar, ¿quién no conoce este apostolado de la mujer católica en el interior, de que todo el mundo se aprovecha, y que ella ejerce á vista de todo el mundo? En Francia, en particular, ¿quién ignora el bien inmenso que hacen á la religion y al pueblo, además de las hermanas de Caridad, las Teresianas, las Benedictinas, las Visitandinas, las Anunciadas, las

hermanas de Nevers, las hijas de San José, las señoras del Sagrado Corazon y de la Asuncion, las hermanas del Buen Socorro, las hermanas Menores, las hermanas de los Pobres y tantas otras fundaciones religiosas con que la mujer católica ha enriquecido en estos últimos años á su patria y á la Iglesia, y cuyos establecimientos cubren ya el suelo de Francia? ¿Quién ignora las formas, variadas hasta el infinito, que la mujer católica francesa ha dado á su celo, de cuarenta años á esta parte, para el sostenimiento de la fe, y á su adhesion sin límites á la causa de la desgracia? En efecto, la archicofradía para la conversion de los pecadores, por ejemplo; la devocion del mes de María y de la Preciosa Sangre, las obras de los Pesebres, de la Santa Infancia, de los Ancianos, del Buen Pastor, de la Misericordia, de las Familias, de los Prisioneros y otras muchas fundaciones piadosas que surgen diariamente en Francia como por encanto, para la satisfaccion de todas las necesidades del alma, para el remedio de todas las necesidades del cuerpo, para la educacion de los hijos del pobre, para la asistencia de las familias desgraciadas, para el consuelo de todas las penas y para el alivio de todas las desgracias, son el pensamiento y la obra del genio benéfico de la mujer católica (1). En segundo lugar, la sola indicacion

(1) Ved aquí otro nuevo descubrimiento, muy honorífico para la Francia y para la mujer católica, y del que somos deudores al gran historiador de la Iglesia, M. Rohrbacher: «El estudio constante y minucioso, dice él, de los siglos históricos, y en particular de los siglos cristianos, nos ha hecho notar en nuestro siglo y en nuestro país cosas maravillosas, en las que ántes no fijábamos la atencion. Por ejemplo, en los primeros siglos de la Iglesia admiramos el gran número de monasterios que habia en Egipto y nos sentimos inclinados á creer que no habia otra cosa igual. Pues bien, en nuestro siglo presente, el siglo XIX, en muchas diócesis de la Francia Oriental, nuestra patria, hemos visto más de una parroquia en la que hay muchas comunidades religiosas, aunque no tienen el nombre de tales. Se las podria llamar *comunidades ó conventos domésticos*. Éstos se componen de cinco ó seis hijas cristianas, algunas veces hasta diez y otras veces ménos, que por espíritu de religion no se casan, sino que viven reunidas con su madre, con su tia ó con uno de sus hermanos. Su vida está consagrada al trabajo y á la oracion. Ellas trabajan en la casa ó en los campos, segun las necesidades. La campana de la parroquia les indica las horas de elevar su corazón á Dios. Cuando la obra lo permite, como, por ejemplo, la costura ú otros quehaceres semejantes, cantan las letanias ó las vísperas de la Santísima Virgen. Comulgan generalmente todos los domingos, y algunas veces en medio de la semana. El dinero sobrante de su patrimonio y de su trabajo lo emplean en buenas obras, en socorrer á los pobres y en adornar las iglesias. En el jardín se ven muchas ve-

de todas estas obras, de su origen, de su espíritu, de su fin y de sus medios para conseguirlo exigiría por sí sola un volumen, que tendría indudablemente mucha importancia y mucho interés, pero que en este momento no podemos dedicarnos á formar. Así, pues, nos limitaremos á hacer algunas observaciones generales sobre esta deliciosa materia.

Un lego, tan gran cristiano como gran publicista y cuyos sentimientos religiosos se hallan á la altura de la abundancia, de los encantos y de la originalidad de su estilo, ha trazado el siguiente cuadro de la caridad parisiense: «No hay un rincón apartado de pobreza, dice, que la caridad no explore; no hay una llaga asquerosa que no lave y cure; no hay un dolor misterioso que no consuele, ni una flaqueza secreta que no fortalezca, ni un arrepentimiento que no acoja, ni una desesperación que no salve, ni un alma afligida que no se eche en sus brazos. ¡Cuántas combinaciones ingeniosas y asiduas! ¡Cuántos refugios abiertos á existencias abru-

ces cajones con laureles y otros arbustos y vasos con flores, y esto lo tienen guardado para hermoear los altares en las fiestas solemnes. Generalmente estas parroquias tienen órgano; el oficio divino se celebra en ellas con un concierto maravilloso. En los *Kyries*, el *Gloria*, el *Credo*, los salmos, los himnos y el *Magnificat*, el coro canta un versículo ó una estrofa, después de todo el pueblo canta el otro, acompañado con el órgano. En los días de fiesta se eligen para los salmos los tonos más bellos y más armoniosos, y así es que todos asisten á las vísperas lo mismo que á la misa mayor. No recordamos haber asistido á ningunos oficios más bellos en ninguna catedral.

» En estas parroquias no hay generalmente grandes fortunas ni grande miseria; no se ven en ellas mendigos propiamente dichos, como no sean algunos forasteros. Los pobres del distrito son como pensionarios de ciertas casas más desahogadas. En la revolución de 1848, el nombre de república causó terror al principio, porque se temían las impiedades de la primera. Cuando se supo que la nueva revolución nada quitaba directamente á la Iglesia, sino á la riqueza, se tranquilizaron, se dedicaron á restaurar y embellecer las iglesias, á refundir y á aumentar las campanas y á perfeccionar la educación de la juventud, llamando para ello, no sólo á las hermanas, sino también á los hermanos de la escuela. En Diciembre de 1851 estas parroquias, profundamente católicas y siempre pacíficas, votaron unánimemente en favor de Luis Napoleón. En toda esta parte de la Francia no ha habido insurrecciones ni motines.» (Tomo XXI, pág. 81.) ¡Oh, cuán patética es esta pintura! ¡Cuán precioso y cuán fecundo es este apostolado de las santas hijas! Ved aquí, pues, una parte de Francia regenerada sin violencia y sin ruido, bajo el punto de vista religioso, moral, civil y político, siempre por la fe y la abnegación de la mujer católica.

madas! ¡Cuántas lágrimas enjugadas! ¡Cuántas cuevas y cuántas boardillas visitadas! ¡Cuántos cuerpos echados sobre paja, reanimados, fortificados, vestidos, alimentados y curados!.....

» De la misma manera que la industria sigue, según el orden de las materias, la división del trabajo, así también la caridad sigue, según el orden de las miserias, la división de los socorros. Así es que la caridad no abandona un solo instante la vida del pobre; ella se ocupa de él antes que nazca para prepararle cuna y proporcionarle leche; ella le cría en su infancia en la cuna, en el asilo y en la escuela; paga y protege su educación, adopta al huérfano, libra al preso, visita al enfermo, alienta al arrepentimiento, alivia, sin humillar, á la miseria oculta, y añade á la limosna la palabra que consuela y fortalece. La caridad es infatigable: ella llama á todas las puertas, ella es insaciable, todo cae en su bolsa: donativos, limosnas de iglesias, suscripciones, socorros de hospitales, donaciones de ayuntamientos, géneros, muebles, objetos de todas clases y subvenciones del Gobierno; con esto se compran medicinas y lienzos, se proporcionan camas, se hacen calzados, gorros, vestidos y se atiende á todos los demás gastos.» (Cormenin, *Manuel des œuvres de charité de Paris*.)

Pues bien, este cuadro de la caridad parisiense no es otra cosa que el retrato de la mujer católica de París; éste es el corazón de aquella mujer; ésta es su generosidad, su ternura y su celo; éstas son sus industrias y sus obras, pintadas por el gran artista con mano maestra, porque todo esto se hace particularmente por la mujer. ¡Oh! Si la mujer católica no se ocupase de la condición del pobre, ¡cuán miserable sería esta condición en la mano del hombre! Los socorros mismos de la asistencia oficial se perderían en el camino, y no llegarían á tiempo; ésta sería la caridad protestante de Inglaterra, que pesa tan terriblemente sobre la propiedad en nombre del pobre, y deja al pobre morir de hambre después de haberse embrutecido por el vicio.

Es verdad que una parte de esta gloria de la mujer católica pertenece de derecho á ese admirable clero de Francia, que, pobre de dinero y rico de fe, de celo, de valor, de ciencia y de virtud, ha renovado en estos últimos tiempos todos los ejemplos de los mártires y de los santos de la primitiva Iglesia. «Si los sacerdotes reciben mucho, dice el autor que acabamos de citar, dan mucho; por mejor

decir, lo dan todo. Y además de su dinero dan su tiempo, sus días, sus noches, sus exhortaciones y sus sacramentos, y en fin, hacen más que todo esto: ellos dan su perdón cuando les calumnian. Pero el clero, lo repito, no hubiera podido hacer lo que ha hecho sin el concurso, la generosidad, las santas industrias y el celo de las mujeres.

Aun en el día de hoy la acción del clero sería poco extensa y poco sólida sin la cooperación activa é inteligente de las mujeres. ¡Ah! El clero, en la posición que se le ha colocado, apenas tiene acción sobre los niños y sobre los hombres sino por la mujer. Por causa de la mujer penetra en la familia su acción santificadora (1), y desde el seno de la familia se refleja sobre la sociedad; por causa de las mujeres consigue el llevar á efecto y sostener tantas fundaciones nuevas para el socorro de los pobres y para la propagación de la fe y de la piedad. El clero casi no tiene más que el pensamiento de estas obras; las mujeres son las que se encargan de llevarlas á efecto. Cuando se trata de obras de religión y de caridad, la mujer parisiense jamás falta á ellas. Sus manos jamás dejan de dar para tales objetos y su corazón jamás deja de abrazarlos.

Ya hemos visto en esta segunda parte de nuestra obra, consagrada á las *grandezas* y á las *glorias de la mujer católica*, que en estos últimos tiempos, lo mismo que en los siglos anteriores desde la fundación de la Iglesia, los soberanos Pontífices, los hombres apostólicos, los fundadores de las Órdenes religiosas, los santos obispos, los santos sacerdotes, los santos legos, y aún los mismos reyes que no fueron santos, nada han hecho santo, nada grande, nada bello ni útil á la fe, á las costumbres ni aún á la felicidad material de los pueblos, que la mujer católica no haya ayudado á hacer, ya

(1) Una de las santas industrias de estas misioneras de la familia es la de atraer á sus casas, por medio de las mayores instancias, á los hombres de ciencia y de fe, eclesiásticos ó legos, obligándoles, bajo el pretexto de instruirse ellas mismas, á explicar y á defender los dogmas más importantes del Catolicismo, y ¿sabeis para qué? Para que esta predicación familiar aproveche á sus parientes y á sus domésticos que no van á la iglesia. Muchas veces, valiéndose de los medios más delicados, la misma madre procura que se encuentre, como por casualidad, uno de esos hombres con su propio hijo, y exclama, con el acento del amor desconsolado: «¡Ay, señor! Mi hijo tiene la desgracia de no creer, y vuestra conversacion no podrá dejar de serle provechosa.»

dando la idea, ya proporcionando los medios, ya removiendo los obstáculos, ya animando con sus exhortaciones ó ya encargándose ella misma de su ejecución; y que la mujer católica no ha cesado jamás de ser lo que Dios ha querido que sea, la *compañera*, la *ayuda* del hombre de la Iglesia, del hombre de la familia y del hombre del Estado, participando de su espíritu, secundando su celo y asistiéndole con una abnegación sublime en el cumplimiento de sus elevadas funciones y de sus grandes deberes, para el bien de la Iglesia, de la familia y del Estado: *Adjutorium simile sibi*. Ved aquí lo que la mujer católica ha sido siempre en la Iglesia, y ved aquí también lo que ella puede ser aún en las graves circunstancias en que la Iglesia puede encontrarse; mas esto será con ciertas condiciones, que vamos á indicar en pocas palabras.

FIN DE LA SEGUNDA PARTE.